

*Dalla Città sacra alla Città secolare***Luciano Pellicani**

(Catanzaro, Rubbettino, 2011)

Luciano Pellicani es uno de los sociólogos políticos europeos de mayor renombre. Su vasta obra constituye una indagación sobre las raíces históricas y culturales de la modernidad, entendida como proceso de avance azaroso hacia la sociedad abierta, esto es, libre, regida por la razón y en pugna permanente con las tentaciones dogmática y totalitaria¹.

Libro tras libro, el autor se empeña en contextualizar las grandes mutaciones del conocimiento y las estructuras políticas y sociales, huyendo deliberadamente del vicio inmanentista, tan común en las reconstrucciones de la historia de las ideas. Así, Pellicani vincula el nacimiento de la filosofía y el *logos* con la expansión colonial de la antigua Grecia, cuyos nuevos espacios —en especial, la Magna Grecia siciliana— fomentan los intercambios con la metrópoli ateniense y el afán de exploración en todos los órdenes (urbanístico, mercantil e intelectual). Pasados los siglos, continúa el autor, las rivalidades económicas y políticas entre las nuevas ciudades-Estado bajomedievales de Italia y Centroeuropa impulsarán el protocapitalismo burgués y, de su mano, la progresiva entronización de una mentalidad calculadora y racional que culminará en el auge de la ciencia moderna y, posteriormente, en la Revolución industrial y el triunfo de la Ilustración.

Tras esa larga saga se agazapa la sombra del poder religioso, tendente a todo lo contrario: frente al criterio de apertura y expansión, culto al inmovilismo y la recurrencia cíclica; frente al ideal de sociedad de propietarios libres, comunidad obediente de siervos del Señor; frente al principio de crítica y refutación, sumisión indiscriminada a la jerarquía eclesial, y así sucesivamente. La hegemonía del Papado, desde el Bajo Imperio romano al Renacimiento, logró imponer tal clase de frenos en contra del empuje dinamizador de la emergente sociedad secular. Con la irrupción de la Reforma protestante —y en este extremo Pellicani adopta una postura abiertamente contraria a la conocida hipótesis de Max Weber—, se produce un duelo colosal entre unos personajes —Calvino fundamentalmente— que desean restaurar la rigidez dogmática de la concepción teocrática del poder, liberándola de los fastos de la corte papal, y unos contrarreformadores que superan la corrupción endémica vaticana, delegando esa misma visión teocrática en las monarquías absolutas de España, Francia y Portugal. Pero, al margen del fuego cruzado entre Reforma y Contrarreforma —ambas coincidentes, doctrinalmente hablando, en su aversión al mercado y a la ciencia— lo que descuellan finalmente, como es sabido, es el primado de la sociedad civil, forjada por emprendedores y espíritus libres que estarán en condiciones de impulsar una civilización racional y secular, arriesgando a veces sus propias vidas en el empeño.

Este gran fresco es recreado sintéticamente por el autor en la espléndida obra de madurez objeto del presente comentario. El elegante enfoque ensayístico no oculta la admirable erudición que lo sustenta. Las citas son las requeridas por el hilo expositivo, reservándose

¹ De entre sus títulos, descuellan para mi gusto los siguientes: *La sociologia storica di Ortega y Gasset* (1987), *La società dei giusti. Parabola storica dello gnosticismo rivoluzionario* (1995), *Le sorgente della vita. Mode di produzione e forme di dominio* (1997), *Dalla società chiusa alla società aperta* (2002), *Rivoluzione e totalitarismo* (2004) y, sobre todo, el emblemático *La genesi del capitalismo e le origini della Modernità* (2006; nueva edición ampliada).

para el pie de página el aparato crítico imprescindible. No hay fárrago sino buena prosa. La presentación del amplio espectro histórico resumido sabe siempre sortear los extremos del academicismo y la superficialidad. En fin, el rigor argumental coexiste con la pasión en la defensa de los valores de democracia, libertad y solidaridad que campean a lo largo y a lo ancho del trabajo.

El punto de arranque de Pellicani es contraponer, como eje explicativo central, el ideal de la ciudad sacra con el ideal de la ciudad secular, partiendo del enfrentamiento entre Esparta y Atenas, deteniéndose igualmente en el ulterior enfrentamiento entre Atenas y Jerusalén, hasta llegar a los escenarios contemporáneos de conflicto de índole religiosa y repunte del integrista cristiano.

Entremedias se despliegan muchas cosas. La primera de ellas es una concepción de la modernización secular que no se circunscribe a la industrialización y al periodo inaugurado en el tránsito del siglo XVIII al XIX. Más allá de esta periodización estereotipada, el autor se remonta a la Baja Edad Media (y aun al despertar científico y mercantil de la Antigüedad pagana) para relatar el progresivo predominio del espacio profano y la sociedad civil sobre el ámbito sacro. Ciencia y mercado, en definitiva, son los motores primeros y decisivos de la modernización secular. Como concluye Pellicani, citando a Simmel, «la matematización de la naturaleza no fue otra cosa, en el fondo, que una réplica teórica de la economía monetaria» (p. 111).

La secularización no es, según el autor, la pura y simple «muerte de Dios». Es, sobre todo, la instauración del principio de separación entre la Iglesia y el Estado y la primacía de la razón y los derechos individuales sobre cualquier otro tipo de creencia y lealtad. Vista de esta manera la cuestión, se disipa la aparente paradoja de que el país más «moderno» de la Tierra, o sea, los Estados Unidos, sea también uno de los que mayor índice de práctica religiosa registra. Ello no refutaría la tesis de la secularización sino que la corroboraría, en tanto que la práctica religiosa norteamericana es plural y además inseparable de su enraizamiento en el tejido asociativo de la sociedad civil. Por otra parte, no cuestiona sino que más bien enzalza la lógica de mercado como piedra angular del discurso público.

Sí que es verdad, arguye Pellicani, que la modernidad secular aboca a un mundo de orfandad espiritual que es preciso abordar valientemente, al estilo estoico de Max Weber. También es verdad que la condición experimental de la hipermodernización puede conducir a catástrofes impensables que lleven aparejada la extinción de la humanidad. Pero ello nunca puede justificar el retorno de los integristas, el cristiano incluido.

El autor sopesa cuidadosamente este dilema, aceptando en parte la sugerencia hecha por Habermas (y una facción considerable de la reciente sociología de la religión) de adoptar una postura «post-secular» dentro del campo agnóstico que propulse el mutuo conocimiento entre creyentes y no creyentes. «Europa —afirma Pellicani— necesita del cristianismo: sin su presencia quedaría empobrecida espiritual y moralmente.» A lo que, sin embargo, añade sin vacilación: «pero es preciso subrayar que, en la actualidad, el cristianismo precisa de los valores de la cultura laica para neutralizar su vocación totalitaria, cargada de siglos y siglos de odio teológico y eliminación despiadada de quienes piensan de otro modo» (p. 272).

En lo relativo a la crítica postmoderna, el autor estima que la corriente, liderada por Lyotard, que pone en solfa los Grandes Relatos de la modernidad, no es a fin de cuentas una crítica a esta última sino una prueba de la consistencia que posee la defensa de la ciudad secular moderna como triunfo de los individuos libres y soberanos. Los «Grandes Relatos» —principalmente las filosofías de la Historia de Hegel y Marx— no serían propiamente «mo-

«dernos» sino, más bien, continuidades historicistas de la vieja concepción cosmoteológica, propia de la premoderna ciudad sacra. Y la revuelta contra ellos no sería «postmoderna». Por el contrario, «expresaría el pleno despliegue del espíritu antitradicionalista» (p. 131).

El último capítulo del libro resulta especialmente atractivo. Centrado en la legitimación del poder secular, parte de las injustamente preteridas aportaciones de Ortega y Gasset² y Guglielmo Ferrero, quienes, cada uno a su manera, expusieron cómo la concordia civil radica en el difícil equilibrio que permite a la autoridad ser ejercida, bien como una «piel» que protege sin causar molestias (Ortega), bien como una tutela ejercida por unos nuevos dioses lares o «genios invisibles de la ciudad» (Ferrero). Sin embargo, los desgarros propios de los dos últimos siglos, dominados por la injusticia capitalista, la guerra y los totalitarismos hacen inviable el sutil ejercicio de legitimación propuesto por estos clásicos, contribuyendo a que arraigue, muy específicamente en la izquierda comunista, el mito de la «revolución palingénica». Menos mal, opina Pellicani, que la erección, primero, del Estado de bienestar, y, después, el colapso del imperio soviético, desmontan tan perniciosa mitología, devolviendo a la ciudadanía a la siempre difícil tarea de progresar en el perfeccionamiento de la ciudad democrática y secular.

Sin duda hubiera sido de agradecer una reflexión más extensa sobre los nuevos retos de la democracia en la era global, digitalizada y cargada de ansiedad difusa. También entiendo que se merecía mayor longitud el capítulo dedicado a la definición de la sociología como conciencia crítica de la modernidad. No obstante, son estas objeciones menores a una muy valiosa obra que, en conjunto, destaca por su valentía, rechazo de ortodoxias y estereotipos, hondura de juicio y elegancia formal. Obra que, en mi opinión, supera en importancia a *A Secular Age* de Charles Taylor y, con esto concluyo, reclama una pronta traducción al español.

José Enrique RODRÍGUEZ IBÁÑEZ

*Everything is Obvious. *Once You Know the Answer. How Common Sense Fails Us*

Duncan J. Watts

(Nueva York, Crown Business, 2011)

Son pocos los libros de sociología cuya lectura invita (o compele) a quedarse en vela toda una noche. Este es uno de ellos. La chispa salta de la provocación que supone cuestionar lo incuestionable: la tesis que el libro sostiene es que el sentido común que ensalzan abuelas y expertos no es tan buen consejero como nos han venido contando; no, al menos, cuando se trata de cultivar el buen pensar y superar nuestros sesgos cotidianos. El resultado es un

² Pellicani es, con toda seguridad, el mejor intérprete que ha tenido Ortega y Gasset en su faceta de sociólogo. Aparte de escribir el libro citado en la nota precedente, el autor ha recurrido a la obra y los conceptos orteguianos en numerosos pasajes de su producción científica y divulgadora. Incluso se preocupó, a través fundamentalmente de la revista *Mondoperaio*, de inspiración socialista, de trasladar el pensamiento de Ortega al debate político italiano.